



lo

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*Miló, el invencible*

© Del texto, ilustraciones y personajes: 2023, Luis María Pescetti

[www.luispescetti.com](http://www.luispescetti.com) / [www.unninounavoz.com](http://www.unninounavoz.com)

© De las ilustraciones: Pablo Rodríguez Jáuregui

© De esta edición:

2023, Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

2024, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá-Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

ISBN: 978-628-7672-18-5

Impreso en Colombia

Impreso por Panamericana Formas e Impresos S.A.

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2024

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

# Miló, el invencible

Luis Pescetti

Ilustraciones de Pablo Rodríguez Jáuregui

loquele<sub>o</sub>



*A Vicente y a Santiago.*





# Miló y los árboles

7



Miló iba hacia su escuela como todos los días cuando oyó una voz:

—Sálvanos, por favor.

Miró en todas direcciones. No había nadie, siguió caminando, y otra vez escuchó:

—Somos niños, esa bruja nos hechizó.

Fue a buscar detrás de uno de los árboles de la acera, por si un amigo le estaba haciendo una broma.

—¡Aquí! ¡Nosotros! —repitió la voz que venía de un fresno.

—No te asustes, ayúdanos. —Un árbol con flores.

—Voy a la escuela, no puedo llegar tarde.

—Nos salvas y te vas, llegarás súper a tiempo. —Otro árbol.

—Cierran la puerta y ya no dejan entrar.



—¡Peor nosotros! ¿Ves a esa bruja? —Señalaron hacia la acera de enfrente.

—Es una señora barriendo.

—Es una bruja. —Respondió el fresno.

—Señora.

—Bruja.

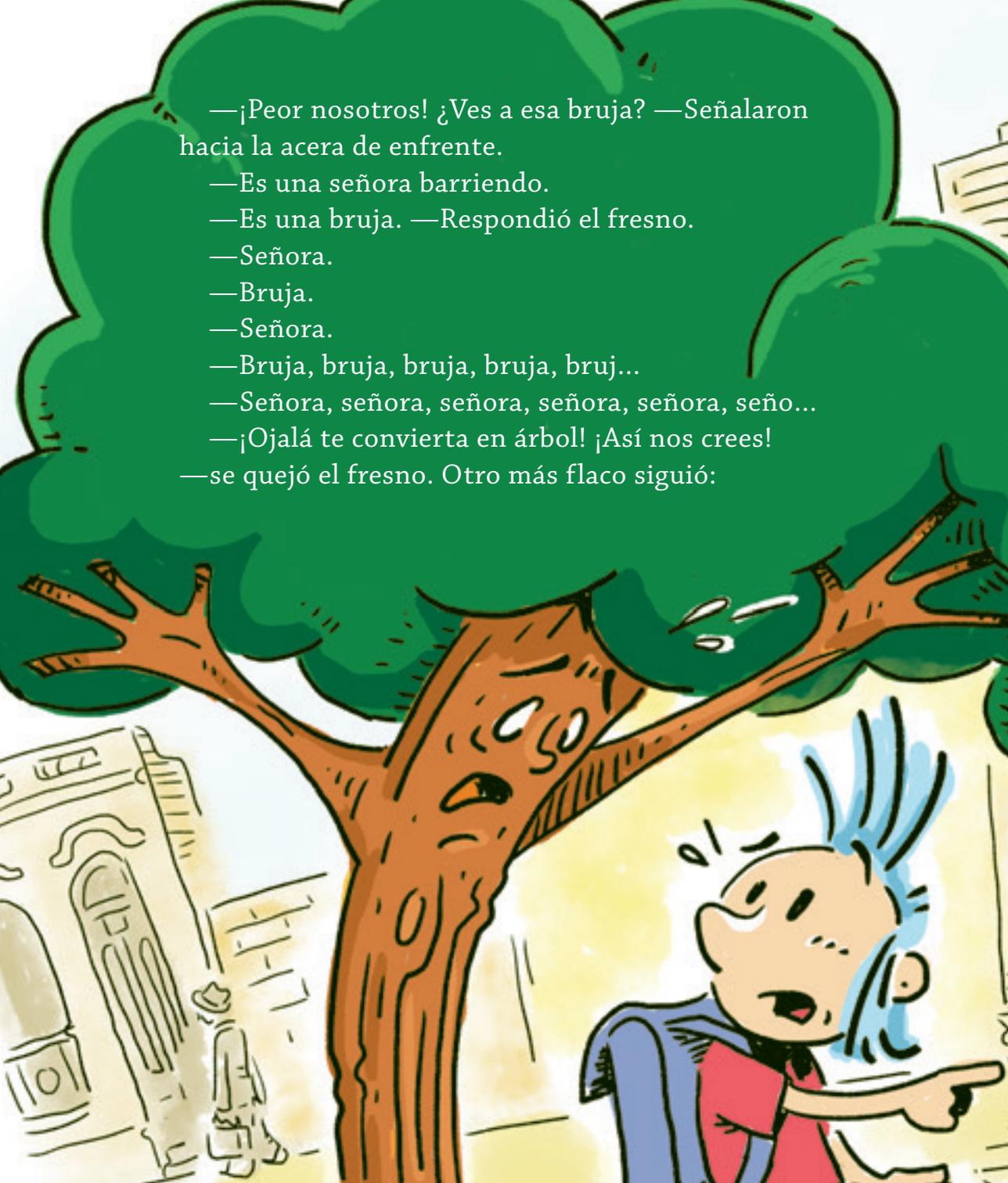
—Señora.

—Bruja, bruja, bruja, bruja, bruj...

—Señora, señora, señora, señora, señora, seño...

—¡Ojalá te convierta en árbol! ¡Así nos crees!

—se quejó el fresno. Otro más flaco siguió:



—Tiene escoba porque es bruja y disimula barriendo. Si se la quitas, se rompe el hechizo y volvemos a ser niños.

—No puedo quitarle la escoba sin permiso.

—Mientras más alegres, más tarde vas a llegar a tu escuela, amigo. —El árbol de las flores.

—¡Yo extraño a mis papás! —sollozó el fresno.

—Uf... ¿qué tengo que hacer, a ver?

—Darnos tres golpes con su escoba a cada uno, ¡y ya! —El que tenía flores.

—Mira, ahorita entró y dejó la escoba apoyada afuera. Corre y tráela. —Fresno.





Miló dudó. No quería llegar tarde; él también pediría auxilio si estuviera en problemas, y sus papás le enseñaron a ayudar a los demás. Corrió hasta la casa de la vecina, tomó la escoba, regresó con los árboles y golpeó una vez a cada uno para ser parejo y no dejar a ninguno esperando.

Los niños poco a poco se liberaron del hechizo:

—¡No puedo creerlo, volveré con mi familia! —El niño fresno.

—¡Voy a patear mi pelota! —El de las flores.

—¡Helado de chocolate! ¡Muero por un helado de chocolate! —El más flaco.

Cuando iba a comenzar la última ronda, la del tercer golpe, un grito lo detuvo en seco:

—¿Se puede saber qué haces con mi escoba?

La señora lo jaló del brazo y lo llevó, casi arrastrando, a la escuela. Miló volteó hacia los niños para disculparse, pero en menos de nada ya eran árboles otra vez.

—Hiciste todo lo posible, ¡eres muy bueno y muy valiente! —Apenas alcanzaron a decirle, con lo último que les quedaba de niños. Debía ser un hechizo poderosísimo.







El profesor era muy comprensivo. Así y todo, no podía creer lo que oía:

—¿Llegas tarde por pegarles a unos árboles con la escoba de la señora?

¿Qué puede decir un niño en un caso así? La verdad dejaría con la boca abierta hasta a un gran científico, y él ni había terminado la escuela. Miló solo le pidió perdón a la mujer, tal como indicó el profesor.

13

Regresó a su casa con una nota en el cuaderno. Cuando pasó al lado, los árboles no dijeron ni media palabra, por más que él les habló y les hizo cosquillas debajo de las ramas. Eso significaba que alguien había salvado a los niños. ¡Cómo le gustaría conocer al que rompió el hechizo! Mañana le dejaría un cartel en cada árbol: “Hola, soy el niño que intentó antes que tú, ¿quieres venir a jugar a mi casa? Miló”.

La señora estaba afuera, conversando con otra vecina. Lo vio pasar, le hizo una seña como diciéndole “Eres un diablillo” y le dedicó una sonrisa. Él le devolvió el saludo, apuró el paso y también sonrió, no quería quedar en la mira de una bruja.

Qué orgullo que le dijeran que es bueno y valiente. Así se sentía.

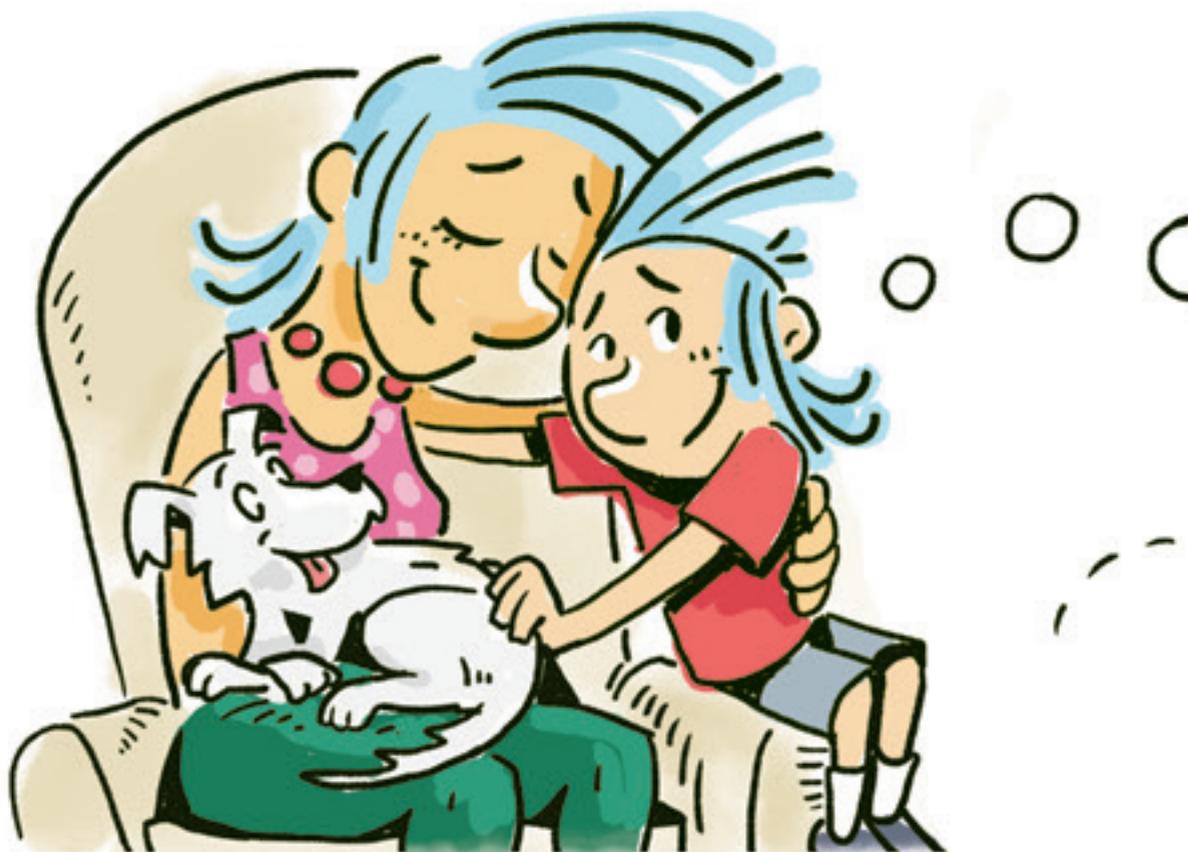
La mamá vio el cuaderno con la nota, suspiró y le preguntó qué había pasado.

—Mamá, ¿sabías que si una bala de cañón le pega a un vidrio blindado no lo rompe?

—Ay, Miló, hijito, ¿dónde tienes la cabeza?

—Acá, ma, ¿dónde va a ser? Obvio —contestó Miló. Ella se rio y lo acarició. Miló se recostó en su hombro.

El comentario de la mamá le dio la idea para hacer un invento que mandara su cabeza a la escuela, solita, mientras él se quedara en casa durmiendo hasta tarde.



*Si Miló consigue que su invento funcione, estaría bien que lo compartiera con todos los niños y se lo ofreciera a los grandes. Debería ponerle unas pinzas para colgar ropa y sujetarla, así nadie se asustaría al ver pasar una cabeza sola, pues va a llevar la ropa flotando debajo. Por supuesto: debe lograr que la cabeza pueda colocarse otra vez, fácilmente, y no que se distraiga o llegue tarde de noche.*

